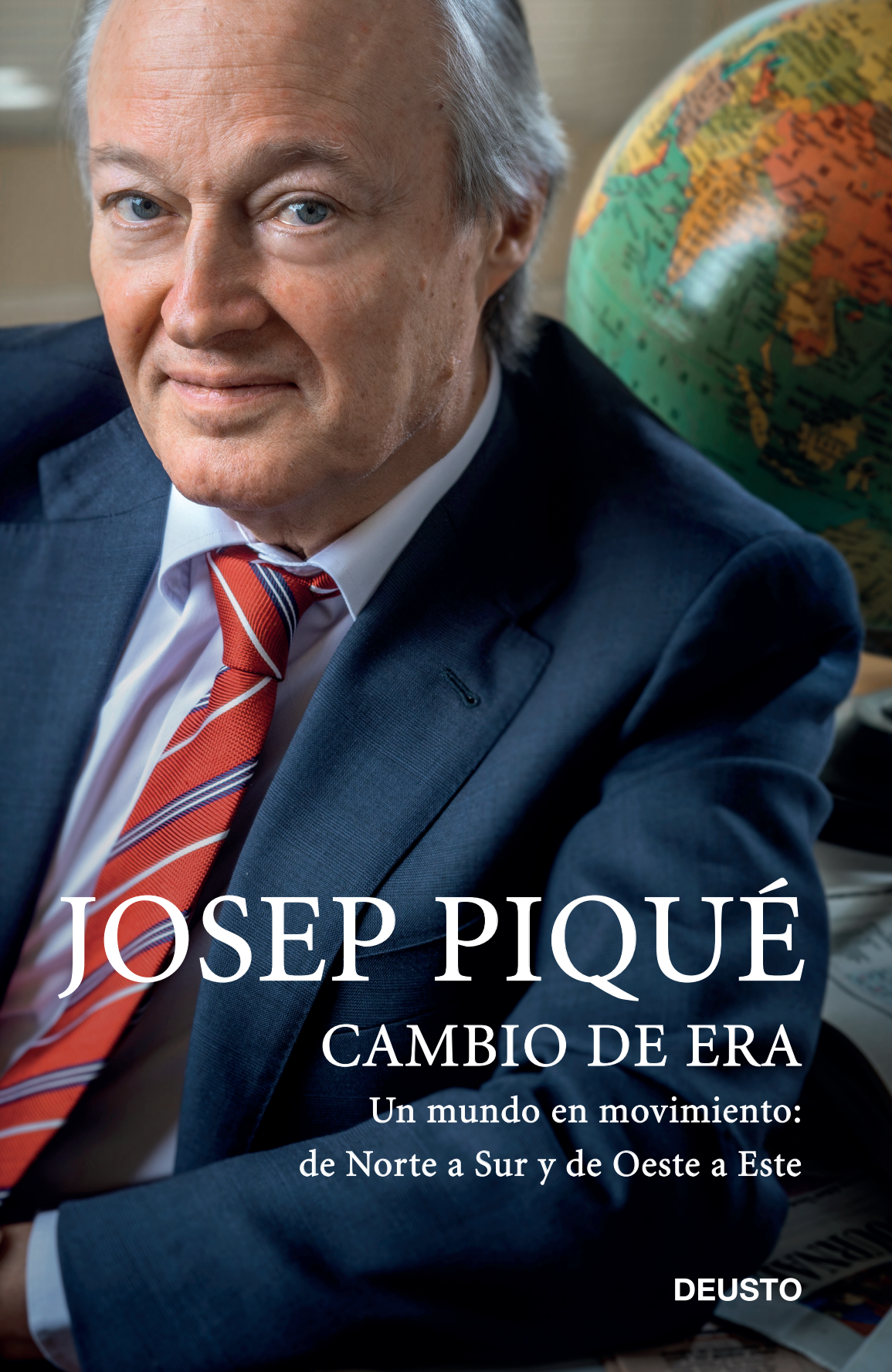


A portrait of Josep Piqué, an older man with grey hair and blue eyes, wearing a dark blue suit, white shirt, and a red tie with diagonal stripes. He is looking slightly to the left of the camera with a calm expression. In the background, a globe is visible, showing parts of Africa and Europe. The lighting is soft, highlighting his features.

JOSEP PIQUÉ

CAMBIO DE ERA

Un mundo en movimiento:
de Norte a Sur y de Oeste a Este

DEUSTO

Cambio de era

Un mundo en movimiento:
de Norte a Sur y de Oeste a Este

JOSEP PIQUÉ



EDICIONES DEUSTO

Índice

Introducción.....	9
1. Una primera aproximación a la evolución económica de las grandes regiones	15
La evolución demográfica.....	18
La revolución tecnológica.....	22
El cambio en las condiciones competitivas en los mercados.....	24
2. La reciente hegemonía occidental	31
3. Las dos guerras mundiales y el mundo bipolar	43
4. «Lo viejo no acaba de morir, y lo nuevo no acaba de nacer»	59
5. Del Norte al Sur y del Oeste al Este. El desplazamiento del centro de gravedad del planeta	69

6. La venganza de la geografía: caminos, canales y puertos	73
7. Los nuevos centros de poder geopolítico: las potencias globales	79
8. Las potencias regionales: primera parte	89
9. Un rápido exordio previo sobre España	113
10. Las potencias regionales: segunda parte	117
11. Otras áreas estratégicas	125
12. África emerge	137
13. El vínculo transatlántico	143
14. La crisis europea en el nuevo escenario geoestratégico	147
15. La crisis del euro como expresión de la crisis política europea.....	171
16. Una referencia imprescindible a la crisis económica actual.....	175
17. Unos comentarios últimos sobre España	179
A modo de introducción	179
«¿Cuándo se jodió el Perú?», es decir, la economía española	182
Reflexiones políticas	200
18. Consideraciones finales	209

Una primera aproximación a la evolución económica de las grandes regiones

A menudo, tendemos a pensar que la reciente, en términos históricos, hegemonía de Occidente en el mundo se hunde en la noche de los tiempos. Nada más lejos de la realidad. Hasta el siglo XVIII, las dos grandes potencias asiáticas, China y la India, representaban nada menos que tres cuartas partes de la economía mundial. Eso es así porque lo relevante a efectos económicos era la población, con productividades semejantes, porque estábamos en un mundo basado, fundamentalmente, en la agricultura. Y eso dejó de ser así con la Revolución industrial que se produce primero en el Reino Unido y se extiende muy rápidamente por el continente europeo, incluyendo Francia, Alemania, Italia, Rusia o, incluso, Austria-Hungría, o determinadas regiones de España. Este proceso llega a su culminación a mediados del siglo pasado. En torno a 1950, el mundo occidental (incluido Japón) supone más del

70 por ciento del PIB mundial, y si añadimos el bloque soviético, nos acercamos al 85 por ciento del total. Y eso, con variaciones internas entre países (Japón, Alemania, Italia o España, suben, y el Reino Unido y Estados Unidos, bajan, siempre en términos relativos), se mantiene hasta 1980, aproximadamente.

Hoy, apenas una generación y media después, el mundo es muy distinto. Y lo será cada vez más y de manera cada vez más rápida.

Es ya un tópico afirmar que dentro de muy poco China va a superar a Estados Unidos en su PIB en términos absolutos. Y que más adelante, India tomará la segunda plaza. Y que dentro de una generación no habrá ningún país europeo en un hipotético nuevo G-8 que agrupe a los países más importantes del planeta. Es más, dentro de apenas cinco años, tomando como referencia el PIB a paridad de poder de compra, sólo Alemania, Reino Unido y Francia estarán entre los diez primeros, superados por China, India, Brasil y con México pisando los talones (por cierto, España, que en términos corrientes era, hace cinco años, el octavo país del mundo, en 2018, en PIB a paridad de poder adquisitivo, estará en el puesto número quince).

Pero si lo vemos desde la perspectiva del comercio internacional, en el año 2000, el 60 por ciento de los flujos comerciales se daba entre los países «del Norte». En 2020, pasado mañana, ese comercio será apenas una tercera parte del total, otro tercio será entre el Norte y el Sur,

y el tercio restante será un comercio entre los antaño denominados países del Sur. Es más. Por primera vez, las inversiones directas desde el antiguo mundo en vías de desarrollo y los países desarrollados, integrados en la OCDE, van a presentar un saldo positivo para los llamados países emergentes... Un cambio absolutamente trascendental. Y ya ahora, la producción mundial es mayor en los países que no forman parte de la OCDE que la de los propios países de esa organización que agrupa a los llamados países desarrollados... Es también muy indicativo que las tentaciones «proteccionistas» tengan cada vez menos sentido, puesto que más de la mitad de las exportaciones mundiales dependen de las importaciones de componentes. Y por ello proliferan cada vez más acuerdos bilaterales de libre comercio, con independencia de los acuerdos multilaterales en el marco de la Organización Mundial del Comercio (OMC)... Lo vemos con el activismo europeo (en casi el único tema en que los europeos actuamos como tales) a la hora de establecer Acuerdos de Libre Comercio con Corea, o avanzando con Japón o, ahora, más rápidamente, con Estados Unidos, o, de momento, estancados (y no por falta de voluntad europea, sino por problemas de la otra parte), con Mercosur o con los países de la ribera sur del Mediterráneo...

Todo eso tiene mucho que ver con que países como Indonesia o Vietnam en el Sudeste Asiático (y otros más), México en América del Norte, Brasil (y Colombia, Perú o Chile) en Sudamérica, África del Sur o Angola en el subcontinente africano, Turquía en el Mediterráneo oriental y

en Asia central, Australia o Corea en el Pacífico, sin olvidar el peso decreciente pero relevante de grandes potencias como Japón o Rusia, van a conformar —están conformando ya— un auténtico nuevo mundo en este siglo XXI. O que China piense que ya no es un país pobre con muchos ricos, sino que es un país rico todavía con demasiados pobres... Una nueva era.

Una nueva era que tiene mucho que ver con dos fenómenos: la evolución demográfica y la revolución tecnológica.

La evolución demográfica

El primer fenómeno es que la demografía vuelve a ser capital, como ahora comentaremos. El segundo es que eso es así porque hay una profunda convergencia de productividades gracias a la difusión de la tecnología. La Revolución industrial fue un fenómeno europeo y, luego, occidental. Hoy, la revolución tecnológica es cada vez más universal gracias a la difusión de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones y la gran transformación revolucionaria que supone internet y la expansión imparable de las redes sociales. Hablaremos inmediatamente de todo ello.

Pero la demografía vuelve a ser, como decía Auguste Comte, padre del positivismo y de la sociología moderna, el destino.

Si cada uno de nosotros tendemos a producir más o menos lo mismo en relación con nuestro coste laboral unitario, los países con más trabajadores serán los nuevos países hegemónicos de un mundo nuevo. Los más dinámicos económicamente se identificarán con los más dinámicos demográficamente. Y los más decadentes —la vieja Europa—, los que cada vez seremos menos relevantes en la escena internacional, salvo que mejoremos sustancialmente nuestra productividad en relación a nuestros costes. Pero eso es otra historia sobre la que volveremos más adelante. Lamentablemente, no podemos ser muy optimistas al respecto, porque los europeos (y los japoneses y los coreanos...) nos estamos suicidando demográficamente. Aunque el ejemplo más sangrante es el de Rusia, con unos índices de mortalidad muy llamativos, en los que el alcoholismo tiene mucho que ver, y que implica que enormes zonas del este siberiano estén prácticamente desiertas. Y China está ahí, en la frontera...

Pero avancemos algunos comentarios adicionales sobre la demografía.

Los países del G-7 (Estados Unidos, Canadá, Japón, Alemania, Reino Unido, Francia e Italia) sólo representarán el 10 por ciento de la población mundial dentro de unos diez años. Hace treinta años, Rusia, Japón, Alemania o el Reino Unido estaban entre los diez países más poblados del planeta. Hoy, han sido reemplazados por Pakistán, Nigeria, Etiopía o Bangladesh. Y el proceso es imparable.

Pero los cambios demográficos responden a determinadas tasas de evolución de la natalidad y de la mortalidad. Y aunque tienden a ir convergiendo, el declive de Occidente es claro e irreversible. Aunque también es cierto que esa progresiva convergencia nos llevará a que, a mediados de siglo, habrá en el mundo más personas mayores de 60 años que menores de 16, con el consiguiente impacto —brutal— sobre la sostenibilidad de los sistemas públicos de salud o de pensiones y, en general, sobre lo que, en Occidente, hemos construido en torno al concepto de Estado de bienestar.

Más allá de esos impresionantes fenómenos, la convergencia de productividades está incrementando muy significativamente el número de personas con una cierta capacidad adquisitiva. Cada año, decenas de millones de personas en todo el mundo están saliendo del círculo vicioso de la miseria y se incorporan a ese creciente «ejército industrial» que ya no es de reserva, como nos decía Karl Marx, con el argumento de que, así, se mantenían bajos los salarios y se incrementaba la «plusvalía», sino que es un «ejército» que trabaja y produce, e ingresa y consume. A mediados de siglo, se calcula que habrá más de 2.500 millones de personas que integren unas inmensas clases medias. Nunca la Humanidad había visto nada semejante. Un escenario de grandes desafíos y con grandes tensiones en los mercados de materias primas, de energía o de agua pero, sin duda, de grandes oportunidades. Con una inconmensurable demanda de vivienda, sanidad, educación y, por supuesto,

todo tipo de infraestructuras, desde el suministro de agua potable y corriente a carreteras, vías férreas o aeropuertos. Una nueva era.

Y con una característica evidente: la urbanización del planeta, en virtud de enormes desplazamientos del campo a la ciudad. Un mundo rural que desaparece y que se convierte en un mundo urbano. A principios del siglo pasado, menos de una sexta parte de la población mundial vivía en ciudades. Dentro de diez años, vivirán en ciudades casi dos tercios de los habitantes del planeta. Y algo a retener: habrá unas treinta y cinco aglomeraciones urbanas en el mundo que superarán los diez millones de habitantes (sólo tres de ellas en Europa, Londres, París y Moscú). Y, luego, habrá unas cuarenta que se situarán entre los cinco y diez millones de personas (y en España sólo Madrid y Barcelona!).

Este fenómeno, claramente, vendrá asociado a una relevante mejora del poder adquisitivo, de forma que pasaremos en apenas una generación de una renta media a nivel mundial de unos 8.000 dólares a una de 16.000 dólares per cápita, es decir, unos 12.000 euros.

Un mundo de mileuristas.

Y que nos aleja del argumento, real por otra parte, de que una gran parte de la Humanidad vivía con menos de un dólar al día. Durante bastante tiempo habrá todavía demasiadas personas en esa situación. Pero disminuyen, afortunadamente, a toda velocidad. Es la «globalización».

Que no es una opción política. Es un dato. Y bienvenida sea. Estamos hablando, pues, de una nueva era.

La revolución tecnológica

Poco se puede añadir a la inmensa literatura sobre lo que significa el mundo de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones. Y de lo vertiginoso del cambio. Y de lo difícil que resulta simplemente seguir las constantes novedades que se producen. Y de su impacto sobre el propio tejido productivo. La telefonía móvil es un magnífico ejemplo.

Apenas existía hace veinte años. Hoy no concebimos el mundo sin ella. Es más, como suele decirse, el futuro es móvil y todo y todos nos manejaremos en torno a esos extraordinarios aparatos con prestaciones cada vez más increíbles. Hace una generación hablábamos de Motorola, luego de Siemens, más recientemente de Nokia. Nada de eso es ya hoy relevante. Hoy es el mundo de Samsung y de Apple. ¿Lo será mañana?

Pero no quisiera adentrarme en ese terreno, del cual me confieso un profano. Mi interés es reflexionar sobre otros aspectos ligados a esa auténtica revolución.

Me refiero a algo tan conocido para los economistas como la relevancia económica del acceso inmediato y

prácticamente gratuito (sólo hace falta una conexión a internet) a la información necesaria para tomar decisiones. Es un cambio muy sustancial, porque, en general, no existía con anterioridad. Es decir, era mucho más un supuesto teórico —poco realista— y que permitía construcciones teóricas tan bellas —intelectualmente— como los modelos de competencia perfecta y el maravilloso equilibrio general de Leon Walras (y su complemento, en forma de los óptimos de Vilfredo Pareto y su economía del bienestar), o, más recientemente, todo el desarrollo académico en torno a la hipótesis de las expectativas racionales. Hipótesis que, por cierto, se ha discutido históricamente sobre la base —entre otras cosas— de que los agentes económicos no podían modular sus comportamientos de manera racional, dado que, por definición, no podían disponer de toda la información relevante. Eso dejaba margen a las políticas macroeconómicas convencionales, como la política fiscal o la política monetaria, como instrumentos estabilizadores del ciclo económico, jugando con los márgenes discrecionales derivados de la reacción «imperfecta» de los agentes económicos a los estímulos de las políticas macroeconómicas, instrumentadas desde el lado de la demanda. Y si me permiten una referencia personal, sobre estos temas hice mi tesis doctoral, hace ya unos treinta años, que se titulaba «Política monetaria, estabilización económica y expectativas racionales: especial consideración de los “shocks” de oferta».

Ahora, eso ya no es verdad. Y no lo es por la formidable revolución que supone el acceso inmediato y gratuito a la

información pertinente para que los agentes económicos tomen sus decisiones de manera soberana. Al final, ese supuesto teórico de nuestros viejos libros de economía que nos hablaban de algo tan deseable pero tan lejano como «la soberanía del consumidor» (y que los oferentes que la «sufren» prefieren denominar «la dictadura del consumidor») es, por fin, una realidad.

Hay múltiples ejemplos que se reflejan en un fenómeno que va a ser, cada vez más, un auténtico tópico: el proceso de desintermediación entre oferta y demanda. Y que se aplica desde la banca y el mundo financiero, o la hostelería y el turismo, o los medios de comunicación, y sin duda, a un sector que, por razones profesionales, conozco más de cerca: el sector del transporte aéreo. Y que puede ser un buen ejemplo de lo que pretendo ahora transmitir.

El cambio en las condiciones competitivas en los mercados

Los economistas solemos clasificar los modelos competitivos de acuerdo con las características de la oferta y la demanda en cada mercado. Y solemos diferenciarlos en relación a lo que suponemos que es el modelo de referencia: la competencia perfecta. Así hablamos de competencia imperfecta, de competencia monopolística, de monopolio, de oligopolio, de monopolio bilateral... Todos ellos

tienen un elemento en común: en una situación de rendimientos decrecientes (si no, no hay equilibrio, puesto que se genera una evolución «explosiva» que no suele darse en la práctica), el punto de equilibrio se sitúa cuando el ingreso marginal (es decir, el que se deriva de la última unidad producida) se iguala con el coste marginal (de la misma).

En el caso del modelo de competencia perfecta, el equilibrio se produce cuando se cumple la misma condición, pero, por sus propias características que ahora definiremos, ese equilibrio coincide con otra equivalencia: el ingreso medio (por unidad de producto) se iguala al coste medio. Por ello, en sectores cuyo comportamiento se aproxima al modelo de competencia perfecta, y, por lo tanto, el beneficio medio del conjunto del sector tiende permanentemente a cero, la mortalidad empresarial es muy grande y las operaciones corporativas (fusiones, adquisiciones, etc.) muy habituales.

¿Cuáles son las condiciones que caracterizan los modelos sectoriales de competencia perfecta? Que, por cierto, permitirían esquemas de equilibrio general walrasiano y óptimos de Pareto, que nunca se han producido en nuestra realidad cotidiana y mediocre...

Los economistas las tenemos muy bien definidas: existen muchos oferentes y muchos demandantes, hay libertad de entrada y salida del mercado, el producto es relativamente homogéneo (y sin barreras tecnológicas insalvables)

y, sobre todo, existe plena información por parte de los demandantes.

Permítanme, pues, que siga utilizando el ejemplo del sector del transporte aéreo. Es obvio que hay muchos oferentes. Y que los demandantes son infinitos. Todos los ciudadanos somos demandantes potenciales de un asiento de avión... También que hay libertad de entrada (con restricciones, pero después de la liberalización y la política de cielos abiertos, cada vez menores) y de salida (sólo cuando no se dispone de alternativas que, en cualquier caso, gracias a la libertad de entrada, pueden ofrecerse desde el mismo sector). Asimismo el producto es cada vez más homogéneo (casi equiparable a una «commodity»), puesto que se trata de llevar a un pasajero por vía aérea de un punto a otro, aunque persisten diferencias que trataremos más adelante. Aunque sea cierto que, antes, volar era «glamouroso» y hoy sea algo bastante incómodo... Controles de seguridad agobiantes y, a menudo, absurdos y arbitrarios, colas, retrasos, pilotos o controladores aéreos en conflicto, condiciones meteorológicas, cenizas volcánicas... Pero es obvio que las alternativas a volar en avión no son fáciles. Y, por lo tanto, debemos seguir con nuestro análisis.

Porque, finalmente, la «soberanía del consumidor» reflejada por su capacidad para tomar la decisión correcta, acorde con sus intereses, se manifiesta con toda claridad gracias a un acceso inmediato y prácticamente gratuito a la información relevante. Y eso es así como nunca con an-

terioridad gracias a las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones y que, de manera simplificada, podemos identificar con la revolución de internet.

Porque, con un simple clic, cualquier usuario potencial de transporte aéreo accede a las diferentes alternativas que se le plantean, las valora teniendo en cuenta los distintos elementos en presencia, y decide libremente. Y ejecuta su decisión, de nuevo, con un simple clic. Algo impresionante: una nueva era.

Otro debate es cómo cualquier empresa inmersa en un contexto similar, próximo a la competencia perfecta, puede sobrevivir. La reflexión pertinente debe hacerse buscando especificidades que no se basen en evitar lo inevitable.

Me explico. No hay vuelta atrás a la liberalización de oferta y demanda. Ningún proceso de concentración, por intenso que pudiera ser, limitará significativamente la libertad de elegir entre diferentes alternativas. Si eso pudiera ser en un momento determinado, más temprano que tarde, aparecerán alternativas. Porque con libertad de mercado, los monopolios sólo pueden ser temporales. Y, mucho menos aún, va a volver cualquier tipo de cortapisas al acceso a la información. Nunca fue posible ponerle puertas al campo. Hoy, con internet, es imposible. Eso es cierto incluso para regímenes totalitarios o autoritarios. Pueden retardar los efectos, pero no es posible ya parar su efectividad. Otra revolución. Otra nueva era.

Sólo debemos recordar un dato impresionante: Si Facebook fuera un Estado, tendría más «habitantes» que cualquier país del mundo, con la excepción —temporal— de China o India. El enorme poder de las redes sociales en sus diferentes expresiones (hoy Facebook, Twitter o LinkedIn; mañana quién sabe...) es imparable y va a condicionar enormemente todo tipo de comportamientos. Conviene retener otro dato: en un par de años, nada menos que la mitad de la población mundial estará conectada a internet, con unas consecuencias difícilmente evaluables hoy.

Hablaremos más delante de estos temas un poco más, pero el impacto social, económico y comercial de las llamadas redes sociales es absolutamente crucial. Hoy, ninguna empresa que compita en el mundo global puede prescindir de su presencia en ese nuevo mundo. En esa nueva era. Volviendo al tema que nos ocupa ahora, la mejor posibilidad para poder seguir compitiendo de manera eficiente, en competencia perfecta, es intentar «salir» de la dinámica de la otra condición, definida como la homogeneidad del producto. Dicho de otro modo, intentando «diferenciar» el producto propio respecto al que ofrecen los competidores.

En el transporte aéreo eso implica una doble mentalidad: desde el lado de los costes, actuar como si el producto fuera una «commodity» (y, por consiguiente, ser eficiente en costes, condición sine qua non), y desde el lado del producto, pensar constantemente en qué se puede hacer para

alejarnos de una «commodity» y ofrecer factores diferenciales que nos permitan atraer clientes, más allá del mero coste del billete. Eso significa horarios, frecuencias, aeropuertos principales, elementos de interés para los diferentes segmentos de mercado, es decir, pasajeros de negocios y pasajeros de ocio, y un largo etcétera. Dicho de otra manera muy gráfica: imaginación e innovación constantes y, al mismo tiempo, permanente presión sobre los costes. Evidentemente, sin poner jamás en riesgo la seguridad ni los estándares razonables de calidad mínima en el servicio.

Fácil de describir y muy difícil a la hora de implementar. Pero no hay salida. Y eso es así porque las nuevas tecnologías nos han precipitado a una nueva era. Nada volverá a ser como antes. No estamos ante una era de cambios, que, evidentemente, están ahí. Estamos ante un escenario absolutamente distinto.

Lo que sólo contemplábamos en teoría, hoy deviene inexorablemente una realidad imparable. Si me permiten una manera muy simple de resumirlo: hoy, volar, y saber cómo volar, es más fácil y barato que nunca. Y va a ir a más. No a menos. Y eso significa que todos nosotros tendremos cada vez más la oportunidad de conocer otras realidades, asumir la complejidad de nuestro planeta y, sin duda, ser conscientes de que hay muchas cosas que saber, conocer y aprender.

Es un buen comentario. Porque, como suele decirse, el nacionalismo se cura viajando... Y como dijo François

Mitterrand en un magnífico discurso ante el Parlamento Europeo: *Le nationalisme c'est la guerre...* La realidad competitiva de la economía nos da magníficos ejemplos de que las visiones estrechas no sirven. Sólo vale mirar el futuro sabiendo por dónde va el mundo. Nada es peor que el inmovilismo basado en pensar que las cosas van a seguir siendo como han sido anteriormente.